

Rafael Cordera, el CCH y la tolerancia: ser para trascender

Alicia Reyes Amador

Maestría en Literatura Mexicana. Participante en el Profored desde su fundación y en el Programa de Docencia de Alta Calidad desde hace 38 años con 100% de asistencia efectiva a clases. Profesora por tres semestres del grupo de alumnos destacados en el Plantel Sur. Calificada como sobresaliente en el CAD. Monitor en dos periodos del programa Planiclas.

Aprender a vivir juntos... juntos y diferentes
 David Pantoja

Conocí a Fayo Cordera cuando comencé a impartir clases en 1972 en el Colegio de Ciencias y Humanidades. Él estaba adscrito al Plantel Sur y yo a Oriente. A pesar de su juventud, era ya uno de los universitarios reconocido por los maestros fundadores que más destacaban en el ambiente político del Colegio. Yo formaba parte del grupo que iniciaba su participación y casi sin reconocimiento de ellos.

En esa época acostumbrábamos reunirnos para comentar lo que sucedía en los distintos planteles y para programar acciones conjuntas, a veces académicas, a veces políticas. Su trato con “los nuevos” siempre fue atento e inclusivo.

Sus participaciones en dichas reuniones destacaban por el ánimo de llevar a los presentes a un análisis lo más objetivo posible y a conclusio-

nes compartidas. Algo en su mirada me decía que generalmente se guardaba para sí aquello que no le gustaba o no compartía, pero que finalmente externaba cuando creía que se trataba de principios o de propuestas necesarias para tomar “los acuerdos del día”. La tolerancia fue siempre una de sus cualidades y, también, una de sus preocupaciones.

Después de las reuniones y los acuerdos solíamos comentar, en el trayecto del lugar en el



que nos habíamos reunido hacia el transporte que nos regresaría a nuestras casas, los resultados o los puntos más relevantes. Entonces aparecía su vena humorística, su fina ironía y su crítica certera, nunca irrespetuosa o grosera, de la que no se salvaba ni él mismo. En ocasiones era tal su agudeza, que solía olvidársenos el tema que había dado inicio a la charla y terminábamos despidiéndonos con un sabor agradable y una visión positiva del momento. Él me enseñó que lo que sucede nunca es tan grave como para que logre ensombrecer nuestro estado de ánimo. Esa es una de sus herencias: “Toma en serio las cosas cuando sea el momento de hacerlo y dales su justo medio cuando hayas transitado por ellas” (frase célebre de Rafael Cordera). Hago la aclaración de que sólo lo estoy parafraseando, porque él expresaba con mayor franqueza y colorido este tipo de conceptos en los que creía y a los que de forma coherente se apegaba.

Para él era muy importante discutir, externar todo aquello en lo que no se estaba de acuerdo, poner en la mesa las opiniones de los demás, revisarlas y confrontar con fuerza, pero siempre con respeto a todos los puntos de vista. Afirma en una de sus muchas producciones escritas que: “...dejar existir, simplemente existir, es más bien indiferencia” (Cordera, *La universidad y la tolerancia*, 1996). Este fue uno de sus postulados: pensaba que una de nuestras tareas como profesores del bachillerato debiera ser la de promover en los alumnos una constante inquietud por el diálogo crítico y constructivo. Siempre que se refería a los alumnos del Colegio lo hacía esperanzado y convencido de que en ellos estaba la posibilidad de un avance positivo para la UNAM y para el país. Y pensaba que los profesores teníamos el suficiente entusiasmo y el compromiso para lograrlo.

No se aprende sin confrontar lo que uno sabe, decía, y el paso siguiente a esta afirmación

era preguntarle a su interlocutor: ¿tú qué piensas sobre esto?, al mismo tiempo que fijaba una de sus características miradas con las que sonreía sin necesidad de mover ningún otro músculo de la cara. Había entonces que pensar la respuesta, porque mientras más amigo era uno de él, más se sentía la necesidad de no contestar con superficialidad o sin compromiso. Su mesura, su trato fino y siempre universitario conducían de forma natural a sus interlocutores a pláticas, debates o compulsa de ideas de las que se aprendía y en las que se reforzaba o modificaba los puntos de vista de los que participaban en ellas.

La Universidad Nacional para Rafael era un espacio en el que constantemente se ejercía la tolerancia como una forma y una comprobación práctica de la democracia. Él, un universitario en todos los sentidos, hacía uso constante de ella. Nunca dejó de externar sus muy particulares puntos de vista, ni tampoco de escuchar a aquellos con los que no estaba de acuerdo. Por ello reunió a su alrededor, tanto en sus épocas de funcionario de la Rectoría de la UNAM como del Instituto Federal Electoral, a un grupo de jóvenes de distintas procedencias ideológicas y con distintos enfoques de la vida. Era capaz de dialogar lo mismo con los integrantes de la *Prepa* Popular que con los investigadores. Debido a ello fue blanco de furiosos ataques de activistas que veían en él, junto con otros funcionarios de ese momento, a una de las personas más auténticamente democráticas que los confrontaba con sus pretendidos planteamientos “revolucionarios” y desenmascaraba sus verdaderos motivos de participación política.

Trabajé mucho tiempo cerca de él y me brindó un poco de su amistad y mucho de su apoyo y de su experiencia. Cuando acudí en diversas ocasiones a comentarle preocupaciones sobre la vida del CCH que a otros les resultaban sin importancia alguna, por considerarnos una comu-

nidad “difícil”, “inmadura” o “sin remedio”, él, al contrario, comprendía que mis formulaciones tenían un origen en mi interés por el Colegio y por la vida de la UNAM. Me comentaba y me hacía sentir que lo que sucedía en nuestro bachillerato tenía una conexión natural con la vida de las licenciaturas, los posgrados, la investigación, etcétera, y que nuestra presencia como tal había repercutido invariablemente, desde el origen del Colegio, en el resto de la comunidad universitaria. Por ello había que atender y resolver problemas y dar alternativas positivas a las inquietudes de los *cecebacheros*, a los que nunca se refirió de forma displicente o denostativa, aunque nunca dejó de externar críticas certeras sobre aquéllos a quienes consideraba abusivos o malos profesores.

Para Fayó la tolerancia era una forma de observar el mundo y de interactuar con su realidad, pues sólo a través del ejercicio de ésta podemos transitar adecuadamente en nuestra relación con los demás, generar nuevas alternativas de comunicación y caminar “haciendo camino”. Los procesos se convierten entonces en experiencias y los fracasos en aprendizajes que nos hacen cada día más fuertes y más propositivos. La tolerancia, decía él, permite “que los desenlaces no sean traumáticos”, sino al contrario, aleccionadores y suficientes para iniciar nuevas experiencias.

Martín Villanueva, un destacado y sabio estudioso de la psicología, expresa que a partir de los postulados de la psicología transpersonal

podemos asumir que “la verdadera esencia del hombre es la del Ser, la del absoluto, y que su propósito último es el de reconocer esto, y trascendiendo el ego, fundirse con el Todo”. Yo asumo plenamente esta propuesta porque me parece que Fayó fue un ser íntegro, que reconoció su objetivo en la vida, asumió con total compromiso sus decisiones, trascendió a su ego y, seguramente por estas razones, pervive en algunas de las muchas partículas de sabiduría universal y universitaria que nos rodean. Esa es su herencia como persona y como universitario, y ese fue su compromiso con el Colegio: ser y trascender.

Ahora que vamos a cumplir cuarenta años de existir, es importante que nos sintamos contentos, orgullosos y agradecidos de haberlo tenido como compañero, maestro y ejemplo de vida: parte de nuestra historia.

No obstante, siendo sincera y por mi educación típicamente occidental, aún siento mucha tristeza de no poder verlo más en otras reuniones confrontando sus puntos de vista conmigo y con los otros.

